señor Mazade?—preguntó el ex-polizonte.

—No me atreví á abandonar mi puesto, esperando que la fugitiva volviera.

—Bueno. Pues siga V. esperándola, mientras yo voy á la agencia. Hasta la vista, señor Grimard.

XXVII.

En pocas palabras, Merle puso á Mazade al corriente de lo ocurrido. Tuvo la prudencia de no mofarse de Grimard, ni de culpar á su jefe por haberse fiado de un agente demasiado joven é inflamable para encargarse de una joven: antes bien se consideró á sí mismo culpable de la fuga de Aurelia, diciendo: «Si yo llego antes, hacemos la gran jugada.»

—¿Resueltamente cree V. que es la doncella quien cometió el crimen?—preguntó Mazade.

—Estoy seguro.

—¿Porque ha huído?

—Convendrá V. en que es un gran indicio; pero tengo mejores razones, que me deciden á pedirle á V. un favor.

—Diga V.; y si está á mi alcance, cuente con él.

—Depende absolutamente de V. El día que yo le pedí mil francos, me comprometí á trabajar por su cuenta. Pues bien: permítame devolverle esa suma poco á poco, un tanto al mes, y no exija de mí que sea su dependiente.

—¿Por qué, señor Merle?

—Porque al presente, ocupándome de Aurelia y procurando averiguar su paradero, me acuden al pensamiento un cúmulo de consideraciones, y al propio tiempo se restablece en mí la afición á mi antiguo oficio.

—Puede V. ejercerle en mi casa.

—Pero no es lo mismo. Tiene V. demasiado talento para comprenderlo. Las agencias como la de V., que están al servicio de los particulares, son una industria privada, que sirve para enriquecer solamente á los que las dirigen, y á satisfacer á aquellos á

quienes sirven. La verdadera policía, por el contrario, es desinteresada: su única misión es proteger á las gentes honradas contra los malhechores. Sus agentes, pequeños y grandes, no son menospreciados más que por los imbéciles y por los criminales; pero merecen la estima de los que saben apreciar sus servicios. Es sabido que por su módico sueldo desempeñan el más duro de todos los oficios, exponiendo á cada paso la vida. Pues bien: permítame V. tomar de nuevo ese oficio: estoy constituído para él.... Tendría más ventajas en esta casa, lo sé bien; pero ¿qué quiere V.? No estoy predestinado á ser rico, según todas las apariencias: la ruleta es buena prueba de ello:

—Entonces, ¿quiere V. abandonar al señor de Morlain, mi cliente?

—De ningún modo. Voy, por el contrario, á trabajar en su favor mejor que se ha hecho hasta aquí; pero con una carta-orden en el bolsillo, y probablemente.... no de dinero, sino de prisión.

—Entonces los mil francos son de V.: no tiene necesidad de devolvérmelos: los pondré en la cuenta al señor de Morlain.

—¡Oh! No; de ningún modo. No me ha comprendido V. Desde el momento en que no le sirvo por haber entrado en la policía, no acepto dinero de nadie por mis servicios. Déjeme levantarme un poco, que demasiado se denigra uno jugando á la ruleta.

—Bien; haga V. lo que guste.

—Gracias.

—¿Me permitirá tan sólo decir al señor Fontaine, el amigo de Morlain, que su asunto marcha bien, gracias á V.?

—Dígale lo que guste, si ha de redundar en beneficio de la agencia; pero nada en mi favor.

XXVIII.

En cuanto dejó á Mazade, sin perder momento, Merle se dirigió á las oficinas de policía, y solicitó ver al *jefe*. Varios empleados reconocieron al antiguo inspector, y de tal suerte le obsequiaron, que le distrajeron por algunos momentos.

—¡Ah! ¡Ah! ¿V. por aquí, Sr. Merle?—dijo X*** al verle entrar.

—¿Me conoce V.?

—Conozco su reputación. Ha dejado V. buenos recuerdos. He visto, además, su expediente, que es brillante; á mi entrada,

sin duda no quiso estar á mis órdenes, y pidió la cesantía.

—Perdone V. Creí deber seguir á mi jefe: había sido muy bueno conmigo, y le quería mucho; pero creo que quiero más aún al oficio.

—¿Desea volver á él?

—Si á V. le place, lo estimaré.

—No puedo pedir nada mejor; y sepa V., además, que no le guardo rencor ninguno; pero esto no depende de mí solo, aparte de que el personal está completo.

—No pretendo por el pronto mi antigua plaza, con el cargo de inspector principal; sólo deseo ser empleado con cualquier título, y sobre todo en este momento.

—¡Ah! (dijo el jefe de policía, levantando la cabeza): ¿trae V., sin duda, alguna noticia preciosa?

—Sí, señor; sobre el asunto Morlain.

—¡Sobre el asunto Morlain! Llega V. á tiempo. Precisamente acabo de recibir una nota del Juez instructor, en que me pide para un servicio delicadísimo un hombre fiel é inteligente.

—Yo no sé si seré inteligente; pero fiel, sí creo serlo.

—Lo sé; y voy á probarle cómo trato yo á los fieles de mi predecesor, aunque para seguirle en su retirada me negaran su concurso. Voy á enviarle al señor X***, y le daré á V. una cartita que le servirá de recomendación.

—Gracias; pero antes de ir al Palacio de Justicia necesito una noticia.

—¿Cuál?

—Quisiera saber si un forzado que se llama Pedro Vignot está aún en Caledonia.

—Pedro Vignot.... Me parece que no me es desconocido ese nombre. Sí, ya recuerdo una nota enviada por el ministro del Interior, en la cual se preguntaba si las indagaciones que sobre su paradero se hacen habían producido algún resultado.

—¿Indagaciones sobre Pedro Vignot?

—Sí; ese es su nombre.

—¿Ha escapado de nuevo?

—Hace mucho tiempo se fugó por segunda vez de la isla de Noua.

El Jefe de policía había escrito una breve carta al Juez instructor, y la entregó á Merle, diciéndole:

—He ahí lo que le he prometido. Dé V. al señor X*** cuantos antecedentes tenga so-

bre el asunto Morlain. Hubiera podido exigírselos á V. y comunicarlos al Juez siguiendo la vía ordinaria; pero he querido ofrecerle una ocasión para que personalmente se distinga. Aprovecharé la primera para reponerle en su antiguo destino.

—Muchas gracias, y siento....

—No sienta V. nada: manifestó V. á su modo el disgusto que le producía la separación de su protector; y aunque esas pruebas de agradecimiento son raras en la administración, yo sé apreciarlas.

Así diciendo, el jefe de policía hizo un ademán, y despidió á Merle.

Las tres visitas hechas á Mazade, á Grimard y á la prefectura, le habían absorbido toda la mañana. Merle no pudo llegar al Palacio de Justicia hasta la una de la tarde. Hizo entregar la carta para X***. Esperó como media hora en el largo pasillo sobre el cual se abren la mayor parte de los gabinetes de los jueces instructores, y por fin fué recibido.

El Juez estaba escribiendo. Dos minutos después levantó la cabeza, miró á Merle, que permanecía en pie, y le dijo:

—¿Es V. el agente que la policía pone

á mi disposición? ¿Tiene V. las cualidades necesarias para despachar airoso un asunto delicado?

—Así lo creo, señor.

—Se trata de vigilar á una joven sobre la cual recaen algunas sospechas: su nombre es Aurelia, testigo en el proceso Morlain, que conocerá á V. sin duda.

—Perfectamente; sí, señor. Y creo asimismo conocer el nombre de los culpables.

—¡Dígalos!—replicó vivamente el Juez.

—Albertina Jeanrond y Pedro Vignot.

—¿Cómo sabe V. eso? ¿Qué se lo hace suponer?

—Indicios que tengo por muy seguros.

—¿Por qué no ha dicho V. nada hasta este momento?

—Llegué á París esta mañana, y hace dos horas sólo que intervengo en el asunto.

—¿Qué motivos tiene para sospechar de las dos personas que acaba de nombrar? Aproxímese V.

XXIX.

Con el codo sobre la mesa y la barba apoyada en la mano derecha, el Juez se dispuso á escuchar atentamente al antiguo inspector de policía. Su curiosidad se había excitado poderosamente por la declaración que acababa de recibir. ¡Cómo! ¡Un simple agente pretendía conocer á los culpables que el Juez instructor buscaba en vano! Porque él los buscaba, persuadido de su existencia, como había estado convencido de la culpabilidad de Morlain.

Después de la partida de la duquesa de

Limours, restablecida su sangre fría, sacrificó al hombre para dejar lugar al magistrado. Al abrigo de toda seducción, reflexionó lo que acababa de oir, alucinaciones y razonamientos, y reconoció lealmente que había sido engañado. Su amor propio no sufrió. Recordó, antes bien, el reproche que se le dirigía de aferrarse á sus ideas, defecto tan hábil y oportunamente señalado por la Duquesa, y no le desagradaba hacer una instrucción absolutamente nueva desde su punto de partida hasta su término. Así podría demostrar á todos de la manera más elocuente que se había engañado y lo confesaba. Por otra parte, le sonreía la idea de hacer un señalado servicio á la adorable Duquesa, que tan franca y espontáneamente había ido á confesar su pecadillo: no pensaba hacerla intervenir para nada en el proceso; la inocencia de Morlain sería demostrada sin obligarla á declarar ante el tribunal.

Seguía el camino que le indicó ella misma. «¡Busque V. al verdadero culpable, y nos salvará á la señorita de Fontaine, á Morlain y á mí!» (le había dicho.) Y el Juez buscaba para darle gusto, por obedecerla y

porque su deber así se lo exigía. Pero no hallaba...., y he aquí que un extraño venía á decirle: «Yo he encontrado lo que V. ansía conocer.»

—Desde el primer instante (prosiguió Merle con acento de convicción) sospeché de la doncella de la señora de Vivian. No me cabía duda de que había tenido algo que ver en el asesinato. Pero no me incumbía meterme en nada; nada tenía que decir, pues que no me preguntaban, y nada dije. Hoy, mi jefe me manda cerca de V., señor Juez, y varían las circunstancias. Debo, por lo tanto, contar lo que sé y lo que sospecho, aun á trueque de pecar por osado.

—Le autorizo á V. para decir cuanto le ocurra. ¿En qué funda V. sus afirmaciones?

—Cuando me han descrito á la que se llama Aurelia, me ha parecido que me hacían el retrato de cierta Albertina Jeanrond, de quien en otro tiempo me ocupé mucho, y de la cual no me he olvidado, á pesar de que muchos bribones se me han cruzado en el camino después que ella. Es la misma, con sus manchillas rojas en la cara, la cicatriz en la mejilla, y cierta costumbre de rela-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"

merse los labios que la distingue entre las demás. Si quiere V. S. pedir su fotografía, en el depósito de Saint-Lazare está, y sin gran esfuerzo comprenderá que Aurelia y Albertina son la misma persona.

—Entonces no hay tiempo que perder. Voy á darle á V. un auto de prisión.

—Es inútil, señor; Albertina Jeanrond.... permítame que la dé su verdadero nombre, no vive ya donde V. S. cree. Ha huído.

—¿Está V. seguro?

—Completamente. Ha escapado, temerosa de una nueva instrucción, que podría esta vez volverse contra ella.

—¿Y no sabe V. dónde está?

—No lo sé; pero la buscaré. Y creo que mis indagaciones tendrán más éxito si V. S. me permite que le pida algún dato.

—Diga V.

—Por efecto de mi ausencia, no he leído del proceso más que un resumen muy incompleto. Me parece que un testigo asegura haber visto al señor de Morlain entrar en la casa la noche del crimen.

—Sí; el testigo Bertin.

—Ese testigo miente. Diré á V. que Bertin es el cómplice de Albertina, y de acuerdo con ella, se ha propuesto burlar á la justicia.... ¿Con qué objeto? Con el de impedir que las sospechas recaigan sobre los verdaderos culpables: el artificio está descubierto.

—Sin duda; pero el testigo de que sospecha V. pasa por persona respetable.... Sus antecedentes no dejan nada que desear.... Después de haber vivido en Lyón, donde ha dejado los mejores recuerdos, fué á fijar su residencia en Australia, en Melbourne; creo que ha hecho fortuna en el comercio, y ha vuelto á Francia.

—Verdaderamente, dijo Merle. Regresó de Australia, vecina de la Caledonia, si no me engaño, y para volver á Francia tomó poco después el mismo camino.

—¿Qué supone V. entonces?

—Supongo que un forzado que se evade de Caledonia comienza por refugiarse en Australia, y no regresa á su país sino rodeado de garantías para el porvenir, bajo otro nombre, y con un disfraz, y con papeles frecuentemente robados.

—Es posible; pero ¿de qué forzado habla V.?

—Del que ya nombré; de Pedro Vignot; el fiel é inseparable amante, el cómplice de Albertina. Cuando uno de ellos está aquí, el otro evidentemente no anda lejos. Por eso desde que pensé: «Albertina es la ladrona,» recordé á Vignot.

—Bien (dijo el Juez); esas suposiciones no están fuera de lugar; Pedro Vignot es el culpable que buscamos. Pero afirmar por eso que el testigo Bertin es un antiguo forzado, me parece algo atrevido. ¿Qué edad tenía el criminal de quien habla V.?

—Unos cuarenta años.

—Bertin, á quien he visto diez veces en este gabinete en pleno día, es un hombre de unos cincuenta; encanecido, enfermo....

—Eso no es una razón. Vignot sabe arreglarse la cabeza; es maestro en cuestión de disfraces. Recibió lecciones de los mejores artistas cuando fué comparsa en la Puerta de San Martín. Así burló á más de un comisario de policía de París. Quizá sea yo el único á quien no puede engañar, y eso porque he estudiado sus ojos durante mucho tiempo. Es mi especialidad: porque se logra deformar el talle, y de esbelto se trueca en grueso; es fácil dejarse crecer la barba ó

teñírsela y fingir arrugas en la cara; pero no se cambian los ojos. ¿No ha llamado la atención de V. S. la manera de mirar de Bertin?

—No; lo que me la llama en este momento es que el testigo que nos ocupa lleva siempre gafas azules.

—Precisamente. Los ojos podrían hacerle traición, y los esconde. Comienzo á creer, señor Juez, que mis suposiciones no son tan atrevidas como en un principio me parecieron. Otros detalles me ocurren. Se ha dicho en el proceso que Aurelia observaba una conducta ejemplar; que jamás salía de su casa. No tenía necesidad de salir. Su cómplice habitaba el piso quinto, y ella el sexto. Se reunían, sin duda, durante la noche y concertaban los golpes de mano que se proponían. Se les presentó uno que les pareció excelente: la señora Vivian acababa de recibir cincuenta mil francos; lo supo Albertina; abrió la puerta á su amante, y se consumó el hecho.

—Todo eso es posible; pero hasta ahora nada lo demuestra.

—¿Vería V. S. una prueba en la fuga del testigo Bertin?

—Sin duda; ¿ha huído?

—No sé nada; pero todo me induce á creerlo así.

—Vaya V. inmediatamente á asegurarse, y vuelva.

XXX.

—¿Está en casa el señor Bertin?—preguntó Merle á la portera de la calle Blanche.

—No, señor; marchó de viaje.

El inspector de policía sonrió con satisfacción: no se había engañado. Pero, satisfecho el amor propio, desapareció la sonrisa y se arrugó su frente. En efecto: ¿cómo encontrar á Pedro Vignot? Porque esta partida precipitada, coincidiendo con la de Albertina, no le dejaba ya duda, si